

## ¿Conjura contra la técnica?

### II

La Filosofía celebra el progreso *técnico* como una conquista del hombre, pero impugna el espíritu *tecnicista* por ser un despojo altanero y abusivo de las posibilidades humanas.

Por muchas razones, que en su día delataremos, el hombre, embargado hasta la ebriedad por el triunfo técnico, perdió el sentido del misterio de las cosas, de la profundidad de los seres, y dejó de percibir ese halo de consagración que hace de la vida humana algo más que un desgaste de energías. El hombre se adueñó del mundo, pero he aquí que cuando lo tuvo en sus manos vió que era un inmenso campo desolado: el dominio técnico sólo afecta a una realidad despojada de valores. Ante la Ciencia se abría un panorama adusto, pues el mundo sin valores se torna duro, implacable, ineluctablemente hasta la crueldad, temiblemente inhumano, por cuanto el espíritu del hombre sólo florece al nivel de lo valioso, de los seres con intimidad. Las cañas se volvieron lanzas. ¿Puede alguien extrañarse de que la loca carrera de progreso iniciada en la Edad Moderna haya hundido al mundo en la consternación infinita del año 1918?

Sucede que la técnica trabaja sobre realidades mensurables, perfectamente definidas y familiares a la vista, al tacto, a todos los sentidos que ponen al hombre en cercanía con las cosas. La Ciencia las denominó realidades "objetivas". Pero como este vocablo tiene muy diversas significaciones, se originó un equívoco de funestas consecuencias.

*Objetiva* es toda realidad que puede ser objeto de conocimiento general, tema abierto a cuantos dirijan hacia él la atención. *Objetivo* se llama, a su vez, el conocimiento que responde a algo real, algo no meramente subjetivo y arbitrario. Uniendo ambos significados se llegó abusivamente a la conclusión de que *real* es sólo el conocimiento "*objetivo*"—en sentido restrictivo—, es decir, aquel que tiene por tema un objeto verificable por "no importa quién" (Marcel), lo mensurable, lo sometido a condiciones espacio-temporales. De ahí que a partir de la Edad Moderna, los calificativos "*objetivo*" y "*científico*" hayan gozado de indiscutible paridad de

privilegios y se haya desplazado de la atención de la Ciencia todo el campo de lo no mensurable: lo cualitativo, lo expresivo y profundo.

Lo grave es que nadie se detuvo a pensar si tales condiciones significaban una cualidad positiva o más bien un defecto. Las realidades que las ostentaban constituían de hecho el flanco por donde el hombre se adueñaba del Universo: ¿quién osaría situarlas en los peldaños más bajos de la escala de valores?

De este modo, el método científico cerró sistemáticamente los ojos a cuanto encierra un valor irreductible a elementos amorfos, a cuanto no tolera ser reducido analíticamente a elementos cuantitativos sin cualificación. Por eso suele decirse que la Ciencia se apoya en una concepción "univocista" del Universo; le enerva la diversidad cualitativa de los seres, que no se deja reducir a fórmula, mágico medio de nivelación cuantitativa.

Por eso carece la Ciencia del sentido de la expresión, que es fenómeno fundado en la interacción de realidades de nivel diverso.

En toda realidad expresiva hay dos planos: el de la realidad que se expresa y el del medio expresivo. Naturalmente, el primero es superior, más noble que el segundo, pues el hecho de expresarse indica cierto poder sobre los medios expresivos. El sentido, por ejemplo, que se transmite a través de las palabras de una frase, puede expresarse en éstas por no estar sometido a sus mismas condiciones de espacio y tiempo. Se entiende una frase cuando se sitúa uno al nivel supratemporal en que se dan las significaciones de las mismas. Si se va prendiendo la atención en cada palabra, o peor todavía en su sonido, en cuanto tal, decimos que se pierde de vista el conjunto, con lo cual damos a entender, en expresión corriente, que ha tenido lugar un desfase de nivel. Se trata, dicen los técnicos de la Filosofía, de diferentes estratos de ser.

Ahora bien: estas realidades superiores no son "*objetivas*" en el sentido apuntado de verificables, asibles, sensorialmente intuibles. ¿Son por ello menos reales? El día en que buen número de científicos se precipi-

taron a responder afirmativamente, algo muy grave sucedió en el mundo intelectual, porque la actividad cognoscitiva quedó reducida a los aspectos menos valiosos, aunque los más fácilmente dominables, de la realidad.

Al desvitalizar y descualificar el Universo surgió la Mecánica—cuya aparición había retrasado tantos años la concepción biológica de Aristóteles—, y el poder sobre lo material empezó a acrecentarse vertiginosamente. Centrado obsesivamente sobre el quehacer técnico, en un mundo privado de valores, el hombre moderno no pudo equilibrar, a base de crecimiento en madurez espiritual, ese progreso en cadena del saber y poderío sobre la materia. Abandonada a su lógica interna, la técnica se escapó al poder del hombre atónito, que al fin de un período de esperanzas sin medida, acabó batiéndose en los despiadados frentes de batalla—año 1914—sin saber exactamente por qué: el sentido de la existencia venía dictado por las leyes impersonales de una técnica de paso implacable. Al fin de una época de Liberalismo, un continente entero se vió forzado a ir a la muerte sin el consuelo de una ilusión profundamente humana.

En el *Libro de Verdún*, de Edgar Maas, leemos frases de acentos desgarrados, fiel expresión de una época en que hizo crisis todo un período—el más brillante—de la Historia.

*"Verdún es el destino: los que aquí sufren y mueren, sufren y mueren por una gran causa."*

*"Sí, pero ¿qué causa?"*

*"También éste es un Gólgota, un lugar de "Calaveras"; también de aquí nace algo nuevo en el mundo que dominará a las generaciones venideras, el hombre nuevo, lo único que importa, o si no..."*

*"O si no Europa se hundirá miserablemente... Dentro de veinte o treinta años quizá comience a entreverse el fondo, pero yo ya no lo veré. Me faltan los ánimos. Tengo la enfermedad de mi tiempo. Llevo el bacilo en el alma."*

El héroe de esta novela casi sin protagonista refleja la situación de desconcierto espiritual del período anterior a la guerra: la lucha fué recibida casi como una liberación.

*"Se vive sin saber nada..." "Yo mismo no me excluyo. Hace tiempo que nos hemos hecho como insectos..." "Te digo que estaba cansado cuando estalló la guerra... Pensaba: "Dios mío, debe de haber algo en el mundo por lo que valga la pena vivir."*

*"Y vino la guerra. ¡Qué liberación no tener ya que pensar! ¡Qué hermosura que todo esté determinado, sin tener que preocuparse!: levantarse, vestirse, comer, trabajo, recreo, acostarse, todo, hasta los más mínimos detalles, hasta el movimiento de las piernas y el modo de llevar el gorro."*

En esta situación de desamparo nació el Movimiento Litúrgico alemán. Por eso su principal mentor, Romano Guardini, hombre intuitivo si los hay, centró su acti-

vidad en el cultivo de los fenómenos expresivos. Había que abrir a los hombres desmoralizados al pasmo de las fuentes auténticas del ser. Nada más urgente que vincular el Movimiento Litúrgico al Movimiento de Juventud (1): en el fondo se trataba de un mismo proceso de apertura a la riqueza inexhausta de lo real, cuyo estrato supremo es constituido por lo religioso. Guardini dió aquí un ejemplo impresionante de clarividencia. Si insistía en la necesidad de una "formación litúrgica" era para indicar que no basta tomar noticia del sentido de los misterios; hay que poner en forma el sentido de captación de las realidades expresivas. Frente a la retracción racionalista, se imponía la apertura al ancho mundo: "Hinaus in die weite Welt." La primera obra del futuro catedrático de Berlín habla de las marchas de los jóvenes a través de los campos y pueblos alemanes (2).

La obra de Guardini es una lucha contra el espíritu objetivista a favor de lo auténticamente objetivo: lo valioso y expresivo. Testigos muy calificados confiesan actualmente que el magisterio de Guardini, centrado en el viejo castillo de Rothenfels, fué una auténtica revelación para una generación hastiada. El movimiento se llamó expresivamente Quickborn, vocablo del Bajo Alemán que significa "Fuente que mana".

Nada mejor para hacerse cargo del concepto que me-

rece a la Filosofía el objetivismo que estudiar de cerca la reacción de este filósofo, verdadero virtuoso del ritmo y del equilibrio mental frente a sus consecuencias. Será nuestro tema en ocasión próxima.

(1) "Liturgische Bewegung", "Jugendbewegung".

(2) Véase el opúsculo "Quickborn. Tatsachen und Grundsätze". Rothenfels, 1922.